

La higuera en la viña

Dr. Justo L. González



Concilio Nacional Ecuménico
Newark, NJ
21 de enero de 1994

La higuera en la viña

Lucas 13:1-9

Muchas veces les he dicho a mis estudiantes que es bueno predicar de vez en cuando sobre un texto que no nos guste. Es bueno y saludable porque nos obliga a luchar con el texto bíblico y con su sentido para nosotros hoy. Para esta noche, he decidido ponerme yo mismo el sayo, y escoger un texto que verdaderamente no es de mi agrado. El texto en cuestión se encuentra en Lucas 13:1-9.

En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos.

Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que los otros galileos? Os digo: No, antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.

Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? El entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después. [Lucas 13.1-9; Reina-Valera 1960].

La razón por la que este texto no me gusta, y creo que no nos gusta a muchos predicadores, es que plantea varias preguntas difíciles, y especialmente la antiquísima pregunta del por qué de las tragedias humanas. Cuando acontece la tragedia, lo primero que nos preguntamos es “¿Por qué? ¿Por qué tuvo que ser mi hijo quien muriera? ¿Qué mal habría hecho? ¿Será quizás algo que yo hice?” Muchos de quienes estamos aquí somos pastores y pastoras, y como tales, frecuentemente hemos tenido que enfrentarnos a situaciones tales, y lo cierto es que nunca hemos sabido qué decir. ¿Por qué hubo un terremoto en Los Ángeles y no en San Diego o en San Francisco? ¿Será quizás por algún pecado común de los residentes de esa ciudad? Y, ¿por qué fue que en ese edificio de apartamentos murieron unos y no otros? ¿Será que eran particularmente pecadores? ¿Qué mal pudieron haber hecho para merecer la muerte? ¿Y qué mal hicieron los sobrevivientes para ver en derredor suyo tanto dolor y destrucción? Todas estas son preguntas que es muy natural hacerse, y que es también imposible contestar. Como pastores y pastoras, como personas de fe, lo cierto es que no sabemos qué responder ante tales situaciones. Y esta es una de las razones por las que no nos gusta este pasaje en el Evangelio de Lucas.

Pero otra razón, y mucho más importante, es que el pasaje no nos da respuesta. Mucho nos

hubiera gustado que Jesús nos diera una respuesta fácil que darle a la madre cuya hija adolescente acaba de morir en un accidente automovilístico. ¡Cuánto envidiamos al médico que puede recetar una pastilla al paciente! Jesús, quien se supone debe ser el superpastor y superteólogo, no nos da respuesta. Lo que hace es sencillamente decirnos que cierta clase de respuestas es errónea, y luego sigue diciéndonos que tales tragedias, con todo lo inexplicables y misteriosas que son, sí sirven para llamar a los sobrevivientes a una obediencia cada vez mayor.

Examinemos el texto con más detenimiento. Jesús va camino a Jerusalén, y ha estado enseñándoles a sus discípulos acerca de la obediencia que el pueblo le debe a Dios. En este contexto, alguien viene y le cuenta de un acto atroz que Pilato ha cometido. Ha mezclado la sangre de varios galileos con la de sus sacrificios. En otras palabras, los mató en el momento mismo en que ofrecían su sacrificio a Dios. No sabemos todos los detalles de lo que tuvo lugar. Pero sí hay varios puntos que resultan claros.

El primero es que este vil crimen tuvo lugar en el templo de Jerusalén, puesto que era allí donde los galileos vendrían a ofrecer sacrificios a Dios. El segundo es que, precisamente porque había tenido lugar el templo, se trataba de un crimen más repugnante todavía. No era sólo

homicidio, sino también sacrilegio. Podemos imaginarnos que muchos judíos recordarían el otro acontecimiento varias décadas antes, cuando el romano Pompeyo se atrevió a entrar con su caballo hasta el lugar santísimo. O quizás aquel otro momento, muchos años antes, cuando el templo fue destruido y el pueblo llevado en cautiverio. A nosotros ciertamente nos recuerda la muerte de Becket ante el altar de la catedral de Canterbury o, más recientemente y más cerca, el asesinato del arzobispo Romero bajo circunstancias semejantes en una iglesia en El Salvador.

En tercer lugar, como se ve claramente al leer todo el Evangelio, resulta claro que había bastante enemistad hacia los galileos por parte de algunos de los jefes judíos en Jerusalén. Muchos judíos pensaban que los galileos eran judíos de segunda clase, una especie de híbrido entre los verdaderos judíos y los gentiles paganos.

Por todas esas razones, quienes se acercaron a Jesús para contarle del crimen de Pilato estaban planteando varias cuestiones a la vez. Estaban planteando en primer lugar la cuestión del por qué del sufrimiento humano. En segundo lugar, planteaban la cuestión de si no era el deber de todo buen judío condenar tanto a Pilato como a todos los romanos. En otras palabras, con en

tantos otros lugares en la narración evangélica están tratando de colocar a Jesús en la difícil situación de tener que parecer o mal patriota o subversivo. Si condena la acción de Pilato, se le acusará de incitar a la rebelión contra los romanos. Si da a entender que el crimen de Pilato es de menor importancia, dará la impresión de ser insensible a las injusticias humanas. En tercer lugar, quienes le cuentan esto a Jesús plantean la cuestión de las relaciones entre los galileos y los demás judíos. Al decirle de la tragedia que ha caído sobre estos galileos, se están haciendo eco de la idea común de que los galileos eran menos fieles que los demás judíos, y preguntándose si no sería por ello que habían sufrido tal atropello. Quizás esa sea la razón por la cual Jesús les responde: “¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos?” [Lucas 13.2]. Y entonces agudiza su respuesta recordándoles de otro incidente que tuvo lugar también en Jerusalén, pero cuyas víctimas fueron judíos de buena cepa: “O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los que habitan en Jerusalén?” [Lucas 13.4].

Para mí este texto es de singular importancia, precisamente porque no sé cuantas veces, cuando se habla del sufrimiento en diversas partes del mundo, he oído respuestas en las cuales se culpa a las víctimas de ese sufrimiento. Si hay hambre en África es porque los africanos han pecado. Ciertamente el hambre es resultado del pecado humano, aunque lo más probable es

que no sea resultado del pecado de los que la sufren. De igual manera, estoy seguro de que todos nosotros hemos estado en situaciones en las que, al hablar de las tragedias que tienen lugar cada día y cada noche en nuestros barrios, se explican esas tragedias y esos sufrimientos a base de los defectos de nuestro pueblo: son gente desorganizada, son holgazanes, carecen de educación, les gusta vivir del welfare, etc. Y, en cierto modo, lo mismo ocurre en nuestras denominaciones, donde frecuentemente se da la impresión de que, si las iglesias hispana son pequeñas y pobres, si no tienen todos los recursos con que cuentan otras iglesias, ello se debe a que nuestros pastores no trabajan, o a que no planeamos bien el trabajo, o a que no queremos estudiar, o a cualquiera otra de mil razones, menos la principal: que la mayor parte de las grandes denominaciones están organizadas de tal modo que la gente a quienes la sociedad margina quedarán también marginadas en la iglesia.

Luego, al leer este texto, me pregunto si Jesús no hubiera respondido a tales ideas con algo así como: “¿Creen ustedes que esos niños en Somalia que murieron de hambre eran peores pecadores que el resto de Somalia?” Y entonces hubiera traído la cuestión más cerca de casa preguntando: “¿O creen ustedes que ese policía que murió en el terremoto de Los Ángeles era más pecador o más criminal que los otros policías de esa ciudad?” Cuando la cuestión se

plantea de esa manera, resulta claro que lo que digamos sobre el sufrimiento de los que se encuentran en tierras lejanas o en situaciones ajenas a la nuestra debe ser lo mismo que digamos acerca de las tragedias que tienen lugar en nuestro propio patio, y aun de nuestros propios sufrimientos.

Si combinamos todo esto con lo que el resto de las Escrituras dice, resulta claro que al menos una buena parte del sufrimiento humano se debe, no a sus propias víctimas, sino a quienes parecen gozar de más bendiciones, o al menos son más fuertes. Así lo dice el profeta Ezequiel:

¿Os es poco que comáis los buenos pastos, sino que también holláis con vuestros pies lo que de vuestros pastos queda; y que bebiendo las aguas claras, enturbiáis además con vuestros pies las que quedan? Y mis ovejas comen lo hollado de vuestros pies, y beben lo que con vuestros pies habéis enturbiado [Ezequiel 34.18-20; Reina Valera 1960].

Estas palabras son tomadas de Ezequiel 34, y les invito a que más tarde esta noche lean todo el pasaje, donde verán que ciertamente el sufrimiento humano es frecuentemente el resultado del pecado humano, pero no necesariamente del pecado de quienes sufren. Y, dicho sea de paso, también es necesario afirmar que, a pesar de lo que aprendimos en los cursos de economía en la escuela, no es cierto que la avaricia sea resultado de la escasez, sino más bien que la escasez es resultado de la avaricia.

Pero volvamos al texto del Evangelio. Jesús nos muestra que parte de nuestro error consiste en plantear la pregunta equivocada. Lo sorprendente no es que muchos mueran. Lo que es de veras sorprendente es que nosotros seguimos viviendo. Si fuera cuestión de pecado, todos deberíamos estar muertos. Por ello Jesús dice dos veces: “Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” [Lucas 13.5]. Y luego pasa a ilustrar esto con una parábola.

Alguien tenía una higuera plantada en su viña, y cuando vino a buscar fruto en ella no lo encontró. Y le dijo al viñador: “He aquí hace tres años que vengo a buscar frutos en esta higuera, y no lo hallo” [Lucas 13.6]. Luego sigue una conversación cuyo resultado es que el dueño de la viña decide que le permitirá a la higuera continuar viviendo por un año más. Lo que es más, durante ese año la higuera recibirá cuidado especial. Pero si al terminar ese tiempo no ha producido fruto, será cortada.

¿Qué quiere decir entonces la parábola en este contexto? Ciertamente quiere decir que todos los que sobrevivimos, los galileos que no fueron muertos por Pilato, o los judíos sobre los cuales no cayó la torre, o aquellos de nosotros que no hemos muerto de hambre, o a quienes el terremoto no aplastó, seguimos viviendo únicamente por la gracia de Dios, y que nuestra vida

continuada tiene el propósito de que llevemos fruto.

También quiere decir que nuestra aparente abundancia y bendición no son necesariamente algo de que debemos ufanarnos. La higuera que no produjo fruto recibe atención especial, no porque haya sido tan buena, sino porque no ha cumplido su cometido.

A fin de entender esta parábola, hay que recordar que en el tiempo en que uno normalmente iría a buscar higos en una higuera, la viña ya habría dado su fruto. Tras la vendimia, los labradores podan las viñas, y no quedan de ellas más que unos troncos secos y retorcidos. Y, en medio de esa aparente desolación, reverdece una higuera. Nadie la ha podado. Ha seguido creciendo cada vez más alta y más verde. Y ahora se le va a dar un tratamiento especial. El labrador cavará alrededor de ella y le proveerá más abono. A primera vista parece que la higuera ha recibido bendición especial, y las vides han sido maldecidas y olvidadas, y por tanto podría uno pensar que la higuera es particularmente valiosa, ya que se le trata con tanto cuidado. Pero la verdad es exactamente lo contrario. La higuera recibe especial cuidado porque todavía no ha dado el fruto que debió dar.

Dije al principio que este pasaje no me gustaba. Y ahora debo confesar la verdadera y última razón por la cual no me gusta. Yo quisiera pensar que la razón por la que tengo una casa cómoda, cuando tantas personas no tienen abrigo, y un ingreso abundante, cuando tantos son pobres, y todas clases de manjar para comer, cuando tantos pasan hambre, y un cuerpo saludable, cuando hay tantos enfermos, es que he sido particularmente fiel. Me gustaría pensar que la razón por la que ya he vivido más años que la persona promedio en esta tierra es porque mi vida ha sido tan productiva. Pero el texto me lleva a pensar de otra manera. ¿No será acaso que la razón por la cual se me han dado todas las ventajas es que sin ellas me sería muy difícil dar fruto? ¿No será que todas estas cosas en las cuales me regocijo no son sino ese estiércol extra que la mala higuera necesita, precisamente porque no da el fruto debido? Es una pregunta que debo plantearme constantemente y que les invito a todos ustedes a plantearse conmigo.

Y lo que es cierto de nosotros como individuos y como familia es también algo que la iglesia y las congregaciones individuales deben plantearse. Nuestra tendencia es a admirar las iglesias grandes, con sus altos campanarios, sus muchos empleados y su coro profesional. Es muy fácil

pensar que el hecho de que una iglesia tiene muchos recursos es señal de que ha sido fiel. Pero esta parábola plantea la posibilidad de que en realidad sea todo lo contrario. Hay entre nuestro pueblo muchas iglesias pobrísimas, iglesias sin prestigio social, iglesias sin edificios, donde se respira el Espíritu de Dios, y donde se pueden gustar los frutos de la misericordia y la justicia. Por otra parte, al mirar a nuestras grandes denominaciones, me pregunto si no será quizás que su abundancia de recursos les ha sido dada para ver si, aunque sea de ese modo pueden al fin llevar fruto, como el estiércol que el labrador amontona junto a la higuera verde y estéril – y digo “estiércol”, por no decir otra palabra. ¿No será que la razón por la cual esas denominaciones sobreviven no es su amplio presupuesto, ni su buena música, ni sus magníficos sermones, ni sus hermosos edificios, ni su teología sofisticada, sino la gracia milagrosa del dueño de la viña que ha decidido darles una oportunidad más?

Y nosotros, ¿qué de nosotros? Empecemos por confesar que quienes estamos aquí reunidos no somos pobres. No somos personas sin influencia alguna. No somos personas sin educación. Tenemos cierta pequeña medida de poder y de autoridad, tanto en esas grandes denominaciones, higueras verdes con muchas hojas y poco fruto, como en nuestras pobres iglesias de barrio, retorcidos troncos al parecer secos, y que sin embargo año tras año, con

pocos recursos, con poco abono, con escasa atención, siguen dando frutos y produciendo vino de alegría en medio de campos de desolación.

Ciertamente, una de nuestras tareas es asegurarnos de que esas vides al parecer secas y retorcidas reciban al menos su justa medida de agua y de abono. Pero me pregunto si mucho más que eso no será también nuestra tarea llamar a nuestras denominaciones, a esas iglesias grandes y frondosas, a dar el fruto para el cual Dios las ha creado, y para el cual les ha provisto de tan abundantes recursos – o, lo que para el caso es casi lo mismo, de tan abundante estiércol.

Quizá esa sea parte de la misión de las vides cortadas y resacas: no solamente dar fruto ellas, sino servirle de recordatorio a la higuera frondosa de que es posible dar fruto, y de que si no se arrepiente, será cortada y perecerá.

Quizá esa sea la principal tarea de este Concilio: Cuando alguien venga y trate de culpar a nuestro pueblo por las condiciones de nuestros barrios y de nuestras iglesias, contestarles siguiendo el patrón de Jesús: “¿Piensan ustedes que esos latinos cuya iglesia mandaron cerrar

por falta de fondos son más pecadores que los que asisten a las iglesias grandes y ricas? No; antes, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente”. Porque: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. “Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? El entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después” [Lucas 13.7-9].

